

anunciar la aparición de la iniciativa y de acompañarla con mi aplauso. Ya tendremos ocasión de volver a hablar de estas cosas, que no por relacionarse con aspectos materiales y prosaicos de la existencia han de ser desdeñadas por los literatos y los poetas. «También en la cocina entran los dioses», decía Hesíodo; y la verdad es que el pan con cuya blanda sustancia se alimenta el cuerpo es también indispensable combustible para el alma. Que los obreros del espíritu no ten-

gan a menos cuidar de sus intereses asociándose como los obreros del músculo. Hasta espiritualmente saldrán ganando, porque se defenderán con dignidad, con la altivez de su fuerza colectiva, y no caerán tan fácilmente en los rebajamientos morales y en las claudicaciones del carácter que anulan o empuñan la personalidad de muchos de ellos.

EMILIO FRUGONI.

## A P U N T E S

Para LA CRUZ DEL SUR.

ARTE NACIONAL

### EXPOSICIONES DE CUADROS

Por lo general poco me interesan las exposiciones de cuadros extranjeros. Estoy harto de aldeitas, de tejados, y de campanarios; me interesan más—porque siento directamente las cosas que hay dentro de ellos—los cuadros viejos de Blanes y los nuevos de Figari.

Quiero un arte genuino de nuestra región platense; que se nutra de la naturaleza de las costumbres y del espíritu criollo de nosotros.

Yo le diría a los artistas que aún no hacen arte nacional: compañeros, vean como trabaja el hornero: con agua de su cielo, con polvo de su tierra, con su propia intuición y con su canto y con su amor.

FERNÁN SILVA VALDÉS.

## EL EXTRANJERISMO NACIONAL

Para LA CRUZ DEL SUR.

En todas las sociedades de América debe ocurrir lo mismo, necesariamente. Montevideo no tiene por qué ser una excepción. Las más diversas nacionalidades, las más distintas razas, atraídas por la corriente emigratoria, se detienen en este remanso del Plata. Formamos una parte de aluvión. Cada emigrante trae en su conciencia lo mejor de su patria. Lo malo, lo que fué una esclavitud, lo que fué una injusticia, lo que fué humillación y desesperanza, todo eso se abandona por el camino. Es el proceso normal y generoso de la memoria que, día a día descarga, en el pasado, su carga de sombra. Y en la lucha cotidiana en esta tierra nueva, que es presente, después de cada derrota pasajera o definitiva, protestamos ante el recuerdo lugareño, recuerdo mentido por nuestros deseos, depurado y embellecido por la distancia.

El País tiene la culpa de todo lo que nos pasa. En los primeros embates de la suerte nos sentimos extranjeros, aún cuando hayamos nacido en el país en el cual vivimos. El extranjerismo es el partido de los descontentos, el partido de la importación. En todos los sectores sociales aparece ese mismo aspecto del extranjerismo. Le fracasa un negocio a un financiero y exclama despectivamente: «En este país de rastacueros!» multan a un tabernero porque vende alcohol cuando no debe venderlo o porque roba en las medidas de su despacho y ya tenemos la sentencia: «En este país todos son piratas». Presenta un artista una obra de la que espera un buen suceso. La obra, quién sabe por cuántos motivos pasa en silencio y el artista escribe en la lápida: «En este país todos son imbéciles». Sorprenden al dueño de una

fábrica explotando el trabajo de los niños. Monta en ira y dice: «En este país todos son unos haraganes.»

El que habla de los que somos se coloca fuera de la masa social. ¡Fantástica paradoja!... De la masa social se levanta la multitud de acusadores, cada uno con su «En este país de...», y cada uno se substrahe de la totalidad, el conjunto se coloca fuera del conjunto, con lo que llegaríamos a la conclusión de que la masa social es algo distinto de nosotros mismos, una cosa, un sitio, un resumidero que recoge el despecho y la impotencia.

«En este país de...», aparece estilizado en el campo del arte y muy especialmente si el arte, se manifiesta en la expresión pictórica. Ante cada exposición de un pintor uruguayo, reacciona energicamente el partido de la Importación. Quiero creer en la sinceridad de algunos de sus componentes, pero más creo en la eficacia de «En este país de...»

Se lucha todavía contra Figari y contra Barradas y se seguirá luchando hasta que se pueda. Lo grave es que triunfan a pesar de todo, aquí y en cualquier parte. Ha poco, coincidieron en nuestra ciudad dos exposiciones: la de nuestros muchachos en el Salón de Primavera y la del pintor español don Gili Roig. Esta circunstancia puso en trance el espíritu de «En este país de...». El pintor español es un pintor mediocre que trabaja sus asuntos de tarjeta postal con la habilidad de un manualista veterano. No hay nada de malo en ello y hasta nos parece muy respetable su trabajo. Más aun: nos gustaron de verdad dos o tres telas de las menores. Pero, cuando se tiran las campanas al vuelo celebrando extraordinarias hazañas, todos queremos ver u oír el

relato de esas hazañas. Y cuando esas hazañas no son extraordinarias ni son hazañas aparece el ridículo, ese ridículo en el cual han hecho caer a un pintor sin que él hubiera hecho nada por merecerlo. Cuando un artista nacional que lo defiende y a quien estimamos por su arte, habla con tanto entusiasmo de la luz del señor Roig, nos cuesta creer que lo haga en serio. Algunas telas tienen la luz de carne de morgue, cuadros de los cuales se puede decir: ese murió hace diez días. En cambio, el espíritu de « En este país de... » se mostró terrible con los expositores del Salón de Primavera. Se les echó pimienta en los ojos. En esa exposición figuraban algunos de nuestros mejores pintores y discípulos sobresa-

lientes, quienes, por lo menos, merecen, el sagrado respeto que inspiran siempre, los que estudian y trabajan. El enemigo más suave fué un consejero. Gracias mil. Pero alguien llegó hasta el insulto, acometió a ladrillazos, no perdonando ni a las mujeres. Bien podría haberse puesto un poco de terciopelo en la figura gramatical.

En esta contienda surge la figura de Eduardo Dieste, una de las pocas mentalidades de nuestro ambiente que escapan a la influencia del « En este país de... » Su libro sobre Estética que acaba de editarse es un hermoso ejemplo para todos los que, con derecho o sin él, se creen capacitados para juzgar los frutos de la inteligencia y de la emoción.

JOSÉ PEDRO BELLÁN.

## C O N T R A D I C C I Ó N

Para LA CRUZ DEL SUR.

Uno de los síntomas desconcertantes del ambiente actual es el contraste entre el avacismo social y político y el espíritu conservador e incomprendido que existe en el pueblo y sus dirigentes en materia estética. El contraste es lamentable y paradójico. No solamente el oficialismo prescinde de las nuevas corrientes de la actividad intelectual viva y dinámica sino también la prensa donde pontifica un buen stock de críticos que tienen parentesco cercano con el personaje de Rémy de Gourmont citado por Darío en el prólogo de *Prosas profanas*. Rubén afirma que el personaje llamado « *Celui qui ne comprend pas* » es en América diplomático, Alto Funcionario, miembro de la Real Academia española o simplemente rastacuero. Pero lo grave es que « *Celui qui ne comprend pas* » es un personaje que se multiplica, abunda y opina en materia pictórica, musical o literaria con el aplomo insolente que da la ignorancia. Esto no quiere decir que yo niegue la existencia de buenos críticos en el Uruguay, pero desgraciadamente los hombres concientes de la seriedad, de la responsabilidad y de la hondura de la crítica son escasos y quedan perdidos en el rebaño de los mediocres.

No ha de creerse que el oficialismo es conservador en todas partes del mundo. En París, por no citar más que un ejemplo, el oficialismo es tan comprensivo como conciente. La organización de la exposición actual de arte decorativo es una manifestación inequívoca de la alta comprensión del oficialismo francés.

Los críticos improvisados no sospechan que las más nobles y fecundas revoluciones son las del pensamiento.

Esto no lo pueden comprender tampoco los jurados analfabetos de nuestro ambiente cuya torpeza notoria ha sido perfectamente puntualizada por el señor Alberto Zum Felde con motivo del concurso para el monumento a Zabala.

Cuando los pseudo-críticos se convencen de que la belleza de una obra de arte es independiente de la belleza del tema, cuando se penetren de que Ingres, el más virtuoso de los dibujantes de todos los tiempos, tuvo razón al afirmar que « un dibujo no es exacto o inexacto sino bello o feo », podrán comprender a Figari y reparar en cierto sentido la injusticia absurda que se ha cometido con él.

Después de la valentía de los alegatos de Eduardo Dieste y Alberto Lasplaces el número de incomprendidos ha disminuido en forma considerable pero es necesario depurar aún el buen gusto y afinar el sentido crítico para evitar que se le siga dando cabida a los artistas académicos e impersonales venidos del extranjero con el propósito único de volcar en América la mercadería barata que no ha tenido aceptación en el mercado europeo.

Estas obras de arte (?) fabricadas en talleres híbridos, son las que se venden más y mejor entre los pseudo-mecenas y nuevos ricos que vibran y se conmueven ante las estatuas de mármoles azucarados salidos de los bazares burgueses.

ALVARO GUILLOT MUÑOZ.

## ARTE NACIONAL Y ARTE DE IMPORTACION

Para LA CRUZ DEL SUR.

Siempre hemos creído que la curiosidad del público por todo lo que sea extranjero, se debe a un último vestigio de macaquismo que aun nos queda, pero, que esperamos pronto desaparecerá.

Nuestros indios, cambiaban algunas veces, verdaderas obras de arte, que hoy se admiran en cerámica, con un color áspero de cosa americana, por simples baratijas y chucherías, que los espa-

ñoles habían recogido en bazares. Algo semejante, sucede aún hoy día; los indios con plumas, que se disimulan con el traje a la europea, ( Ojalá fueran verdaderos indios o verdaderos europeos, ) porque no son ni una cosa ni otra, son apenas americanos barnizados, despreciadores de lo autóctono, desconocen el arte nacional, desfalleciendo de admiración ante el más mediocre y despreciable pintor europeo.